

cerle un guiño es permitir que las teclas se inquieten, y este "capítulo" fantasea de un modo que la ironía lacónica no quiere para el resto del escrito. Con esta fuga se solidarizan los nombres de los personajes. Inodoro Elemental, Carbonudo Bustamante, Bulgaria, son muestras de una nómina que los escarmienta por si el destino afloja. Los resultados del contraste no son muy convincentes, pero habrá quien sonría. El lector juzgará si conviene conserles cascabeles a un tema cuya emotividad es más difícil cada vez debido a éxitos pasados y temores presentes. El libro es otro intento para obviar un dilema corriente de la literatura colombiana: renunciar al relato de violencia rural o escribir porque ésta persiste después de haberlo dicho todo; es, en última instancia, producto del escándalo de que de pronto lo monstruoso nos parezca aburrido. Y toca a los interesados ir arrancando sin quererlo las páginas del mismo, hasta que ya no quede sino la de la fe de erratas, que contiene una errata, y preguntarse si el descuadernarse y el error en la enmienda son otras ironías voluntarias.

CARLOS JOSÉ RESTREPO



Los contratiempos de la poesía

Tiempo del no, tiempo del sí
Guiomar Cuesta Escobar
Biblioteca del Banco Popular,
Bogotá, 1984

Cierto tópico de nuestros días asegura que la poesía es ya un género sin auditorio. El país, sin embargo, prefiere hacer caso omiso de ese lugar común y sigue manteniendo, en consecuencia, su alta producción de libros de versos, con lo cual, además, guarda lealtad a una de sus tradiciones no precisamente más encomia-

bles. ¿Quiénes escriben esos libros? Como de costumbre, una amplia diversidad de gente. Algunos son hombres de Estado, u hombres de empresa, u hombres de letras; otros son profesores y otros—sin duda, los menos—son poetas. De allí que dar con uno de estos últimos, es un hecho que el buen lector sabrá agradecer sobremanera. Al fin y al cabo, siempre lo acecha el riesgo de verse enfrentado a los autores más insospechados.

El nombre de Guiomar Cuesta Escobar no tiene antecedente alguno en el panorama de la nueva lírica colombiana. Tampoco se nos da ninguna noticia de ella en este libro que, en sesenta y tres páginas, reúne treinta y dos poemas. La única referencia es que se trata de "una mujer joven y bonita", según nos lo hace saber, en el prólogo, el expresidente Alfonso López Michelsen (los términos de ese prólogo, a propósito, son descomedidamente generosos e incluyen más de un desliz). La edición, en pasta dura, es hecha por el Banco Popular, y hay que considerarla irreprochable.

De este volumen hay que decir, en primer término, que permite entrever algunas preocupaciones recurrentes, que uno pudiera no compartir, desde luego. En rigor, una idea general recorre sus páginas, y podríamos exponerla así: Acaso del mismo modo como el Predicador habla de que "todas las cosas tienen su tiempo", y señala, por ejemplo, un tiempo de morir y un tiempo de nacer, un tiempo de matar y un tiempo de curar, nuestra autora plantea, en términos más genéricos, la existencia del *tiempo del sí* y del *tiempo del no*. El primero representa el imperio de los valores éticos y sociales reconocidos como justos y buenos; el segundo, la negación de esos valores y el imperio de sus contrarios.

Ahora bien, rechazar los valores del *no* (esto es, con propiedad, los *no valores*) y vindicar los valores del *sí*, es la actitud que, por supuesto, trata de mostrarnos la autora. Sus versos, en consecuencia, desenvuelven una prédica que se orienta en dos direcciones: por un lado, en fa-

vor del amor (el amor sobre todo el amor), la amistad, la indulgencia, la bondad y la esperanza; y por otro lado, en contra de la violencia, el odio y el egoísmo. Sólo que esta causa es asumida de un modo algo abstracto. Se diría que el propósito es revelarnos a un alma de buena voluntad que invoca el bien y condena el mal, pero desde una postura que parece no tener en cuenta la substancia compleja y contradictoria que informa la vida humana. ¡Guiomar Cuesta nos presenta sus motivos en un plano íntimo y en un plano social. Así, hay poemas que se refieren a *vivencias* estrictamente personales, la mayoría de ellas de índole amorosa; así, hay también poemas que fijan su atención en *los otros*, en lo colectivo. Pero en ambos casos, el tratamiento de la realidad se hace con el mismo instrumento: un tono exaltado, patético, casi de melodrama. De tal suerte que, si el poema es de corte social, uno se encuentra con cosas como ésta:

*¡No a la tortura!
¡No al secuestro!
¡No al asesino!
¡Tiempo del no, tiempo del sí,
pág. 13)*

Y si el poema es de corte amoroso, se puede leer lo siguiente:

*"¡Vete!,
la puerta del adiós está dispuesta
¡Vete!,
una nube de pañuelos te despide.
(¡Vete!, pág. 45)*

Debe anotarse que los poemas amorosos cubren la mayor parte del volumen. El amor aparece allí en sus diversas contingencias: celebración del amor, fracaso del amor, ausencia del amor. Tales contingencias revelan, según el caso, la presencia del *tiempo del sí* o del *tiempo del no*, dentro del código de la autora.

Nota distintiva de la última poesía escrita en Colombia por mujeres, el erotismo es también pretendido, desde luego, en estos poemas. Pero los resultados obtenidos a este respecto no logran despertar mayor in-

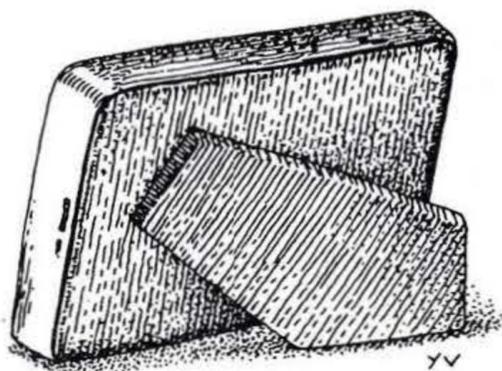
terés. En cambio, llevan al doctor López Michelsen a la conclusión de que, por causa de los mismos, ¡el libro acabará escandalizando al medio! Todo porque el asunto suele limitarse a la exposición directa, casi documental, de la experiencia sexual. Y es evidente que ello no llega a alcanzar trascendencia poética. Resultan, pues, inútiles —y, por el contrario, fatales— el énfasis y la vehemencia que, en gran proporción, pone aquí la autora. Leamos:

*[...] confundidos con el fuego
somos un volcán,
besos, suspiros, anhelos...
(...) esta pasión
que nos lleva a dejarnos amar
con todas nuestras borrascas...
(Vibración viento y mar,
pág. 61)*

Antes, en la página 47, en el poema *Mi alma te retrata*, había declarado que sus “caricias incipientes” fueron convertidas en “torrentes de amor”. En términos generales, el lenguaje de estos versos hace del sentimiento amoroso una cosa estridente y ampulosa.

Las conclusiones a las que uno llegue con relación a este libro no pueden ser, en ningún caso, halagueñas. Su deficiencia creativa es notoria. La *visión poética* de la autora está gobernada por un modelo retórico viejo y gastado. Por eso ni siquiera estamos seguros de que haya que reconocer en ella a un “valor promisorio”, como lo sugiere el ilustre prologuista. La poesía colombiana olvidará pronto este libro, como ha olvidado tantos otros que, igual, han pasado sin pena ni gloria. No niego que puedan encontrarse allí uno o dos versos afortunados. Al fin y al cabo, y creo que la idea es de Borges, la belleza puede también sorprendernos desde lugares mezquinos.

JOAQUÍN MATTOS OMAR



Apariciones indudables

Oculto ceremonia

Renata Durán

Editorial Emecé, Buenos Aires,
1985, 127 págs.

Desde los primeros poemas de este libro una presencia determinante: la de Octavio Paz. “Inventamos esta ciudad / todos los días / y París nos inventa” (pág. 15); “sombras de luz / luz de la sombra” (pág. 17); “Fuego de luz/resuelto de sol” (pág. 22). Quizás no es ajeno a ello el hecho de que la colombiana Renata Durán prepara, en París, una tesis sobre la obra del notable poeta mexicano.

Las imágenes que “se besan ensismadas” (pág. 29), los reflejos que reflejan, todo corrobora este influjo, encaminado a capturar presencias bajo un foco de luz: una ciudad, una gota de agua, una montaña. El sol haciendo visibles figuras y sombras. Denunciando el reverso de las apariencias. Destacando colores y oscuridades.

Por ello, quizás, “octubre ocurre / como una / lenta enfermedad / gris” (pág. 17): allí donde lo visto y lo no visto se anulan. En medio de tales contrastes, algunos demasiado mecánicos, Renata Durán logra concretar apariciones indudables. Este es un ejemplo:

*Pasa en el aire
el olor
del desierto
del oxidado
rostro
de un hombre
escamas de plata
sobre su espalda
eterna (pág. 31)*

Oscilando entre la generalidad y la precisión, ella logra capturar, así, “el momento real”, que en tantos otros poemas se le escapa.

En la segunda parte del libro, *Corredores sonámbulos*, el énfasis se halla puesto en la relación amorosa. Sin embargo allí también la luz sigue actuando como elemento revelador. “Quiero abrazarme a ti / como una sombra transparente / de pura luz” (pág. 47). Pero en realidad no es la luz el elemento básico sino el agua. El agua que transforma el deseo en una profundidad insondable.

*tu voz
tu grito de placer
abro el mar
y lo extiando (pág. 53)*

Apertura al goce, entrega, en otro poema, que refracta y prolonga el anterior, sigue viendo el amante “iluminado / en mi agua” (pág. 57). Y en un tercero, incluso, añade:

*Recién nacidos
erámos los únicos
habitantes de ese lechoso
mar de luz
la armonía primera.
Depositada fui por ti
en esa playa
que nos salva (pág. 63)*

Imágenes marinas para recordarnos que el agua a la cual dedica un poema (pág. 45), constituye el lugar ideal, la burbuja amorosa, dentro de la cual los amantes recobran su inocencia. Lejos, incluso, de toda lascivia y sostenidos, apenas, por “la pureza rotunda / de los sexos” (pág. 43).

Sin embargo la horizontalidad del agua, matriz que envuelve y dentro de la cual se mecen los cuerpos, es permanentemente herida por los rayos verticales de la luz que engendra el deseo. Incandescencia, espiral de fuego donde “ardí / contigo / en una sola llama” (pág. 60). Agua y fuego: combustión, vapor que nubla la vista y engendra fantasmas. La elección carnal se ha transformado en pasión cósmica.

Si bien en esta parte la presencia de Paz también es perceptible —véase